

de la post-guerra traza Luis Toro con pinceladas fuertes. A ratos con mordacidad, a ratos con una ironía no exenta de amargura. Mas no olvida que es un artista, un escritor enamorado de esta América india que tantas bellezas tiene. Y entonces se aparta de todo lo mezquino, sórdido o repulsivo para suavizar su relato con una imagen maravillosa, evocar una escena típica o pintar el paisaje de su tierra. Para contar sus leyendas, su gracia autóctona, y dejar en el lector la emoción gozosa de un libro bello de esta América, que necesita que sus escritores digan, sin cansarse jamás, todo cuanto hay en ella de expresivo y de característico.—LUIS DURAND.



<https://doi.org/10.29393/At183-14MNJM10014>

MEDITACIONES NEOYORKINAS, por *Alberto Rembao*.—Editorial «La Aurora». Buenos Aires.

La personalidad de Alberto Rembao, por harto conocida no necesita ser presentada ante los lectores de Indo-América; suya es la mano eficaz y segura que empuña el bastón de comando de la «Nueva Democracia», mensajera de amor y aproximación entre todos los hombres de buena voluntad de este hemisferio. Un año hace apenas que enhebramos un comentario fugaz sobre su libro «Mensaje, Movimiento y Masa», en el cual Rembao, en plan de reajustes y de revisiones frente a la realidad actual, formula agudas observaciones y sugiere categóricos atisbos acerca del Cristianismo como doctrina.

Desde ese mirador que Rembao se ha construído en las últimas—last but not least—páginas de su revista, durante muchos meses, él ha estado haciendo pasar bajo su prisma todos los grandes y pequeños problemas espirituales del ayer, del hoy y del mañana. Bajo el mismo título de aquella sección «Meditaciones Neoyorkinas», reúne Rembao ahora en este volumen frutos selectos de su cosecha. Leer estas páginas es un

insuperable placer del espíritu. Rembao usa largamente la parábola, modernizada en su forma y sentido, y posee una dialéctica admirable de la mejor cepa humanística: con estas dos herramientas, puede expresar magistralmente los más sutiles repliegues de su pensamiento, los más hondos estratos de su alma. La idea es en este autor, transparente y se reviste de cierta gracia poética que, a veces, en mérito de la riqueza de su lenguaje, llega a hacerse casi musical. Mas, no se crea, por lo dicho, que la temática del libro es puramente árida filosofía vestida de literatura. No. Rembao toma pie para sus disquisiciones siempre en un hecho artístico, material o social. Su estilo tiene algo de esa virtud alada del helicóptero que, desde una pequeña superficie de tierra, es capaz de elevarse, en vertical derecha hacia lo más alto. Es un estilo con las alas de Dédalo y de Alsino.

«Fiodor Michailovitch Dostoievski, ahora te toca a ti... A ver, hermano maestro, por qué rumbo nos encaminas la meditación. Meditación es salida, selva adentro, en busca de nuevo reino que añadir a la corona del señor intraño. Que sea digamos, por ahí por la vereda del Staretz Zósimo que dice: en verdad cada uno es culpable de todo, sólo que no lo saben los hermanos; que si lo supieran, entonces tendríamos en el acto el paraíso en la tierra...»

Así inicia Rembao uno cualquiera de sus ensayos. Otras veces salta desde un trampolín científico, por lo general, admirablemente escogido:

«Son nueve los coros celestiales de la teología cristiana, retardataria, obscurantista y medieval. Siete son las constantes de la naturaleza. Ahora sí que llegamos a tierra firme, firme de científica firmeza, provincia bien demarcada por los topógrafos cosmológicos del siglo y con auxilio de todos los aparatos e instrumentos de la moderna tecnología: tierra de turismo, donde la hacen de guías los fisiólogos contemporáneos, cuyos nombres se saben de memoria ya hasta los jóvenes revoluciona-

rios, que apenas ayer se limitaban a citar a Marx y a Engels. nuestro guía se llama Sir Arthur Eddington. . . »

La lectura de este libro en los momentos que corren, mientras medio mundo civilizado arde en llamas y polvorazos, cuando hombres de la raza que alumbró a Goethe luchan contra los que tuvieron como antepasados a Descartes y a Pasteur y los descendientes de Leonardo de Vinci contra los hijos de Carlyle y de Herbert Spencer, cuando un ciclo cultural parece cerrarse en una avalancha de hierro bajo un cielo obscurecido de alas mortíferas, produce la más extraña impresión. Se sale del libro como de una gruta, como de una isla, como de una fuente. Gracias séanle dadas por ello al autor.—J. M.

MUJERES CHILENAS, por *Marta Elba Miranda*.—Editorial Nacimiento. 1940

Los estudios que hace la autora, más que biografías, son esbozos animados de algunas mujeres que han sobresalido dentro de las actividades femeninas de Chile. Es este un libro necesario y no escaso de valor. Marta Elba Miranda dice en el prólogo que algunos de estos retratos habían sido publicados en una revista femenina, y que se le aconsejó reunirlos en volumen para que sirviera como ampliación cultural de las alumnas que cursan humanidades. Fué un buen consejo. Hay tantos artículos y ensayos interesantes publicados en revistas y diarios que se pierden para siempre por su difícil consulta, y que con el tiempo hasta los mismos autores los olvidan. Gabriela Mistral, por ejemplo, tiene sus «Recados» sobre gente Chilena o Americana que son de valor inestimable, tanto por las informaciones como por su estilo literario.

Nosotros creemos que la autora ha hecho bien en recopilar sus artículos, pues, «Mujeres Chilenas» no sólo servirá a las